

Alpinismo de repetición.

Anastasio Rojo Vega.

El lunes 6 de octubre, los periódicos recogieron como noticia que Juanito Oiarzábal había conseguido un nuevo récord mundial al subir dos veces en menos de diez días al Cho Oyu, una de las cimas del Himalaya y del mundo. Con esta última, el alavés lleva sumadas veinte ascensiones a montañas de más de ocho mil metros, algo que nadie antes había hecho.

Si será importante el proyecto de Oiarzábal, que ya en 1999, con tan sólo catorce cumbres, le dieron el Premio Euskadi al Deporte en la categoría de Valores Vascos. Un poco perplejo me deja esto de valores vascos, pero, en fin, será que yo no he nacido en las tierras norteñas donde se engolfa el Cantábrico. Será por ello por lo que no acabo de asimilar la concesión de otro premio titulado de Valores Humanos al maratoniano Diego García y a la también escaladora Josune Bereziartu. ¿Valores Vascos? ¿Valores Humanos?. A mí lo de juntar deportes con beneficios a la humanidad me parece mezclar churras con merinas. Que me sirva de disculpa confesar que mis conceptos filosóficos se han criado entre el barro de los páramos y, por tanto, entre ovejas.

Tampoco entiendo bien el mérito de subir dos veces un mismo Cho Oyu. Yo pensaba que el alpinismo era una cosa romántica, traspasada de libertad, paisajes puros y descubrimiento del entorno y de sí mismos. Ahora resulta que es simplemente subir cuantas más veces mejor, sin atender a nubes ni a cielos.

No deja de ser el Citius, Altius, Fortius – más rápido, más alto, más fuerte – del movimiento olímpico, aunque groseramente prostituido. Un lema olímpico que, por cierto, inventó un padre dominico llamado Henri Didon para un sermón destinado a los alumnos de su colegio de las afueras de París, y del que su amigo el barón de Coubertin, concurrente al acto, se apropió.

Sucedió lo mismo con ese consuelo de los países que no consiguen ninguna medalla, que dice: Lo importante no es ganar, sino participar. Frase tan sobada tampoco salió de la cabeza de ningún federativo, sino de la bien cultivada sesera del arzobispo de Pensilvania monseñor Ethelbert Talbot. Si se quiere que de la boca manen máximas universales sin esfuerzo, no hay cosa mejor que estudiar para cura.

La breve nota del 6 de octubre podría marcar un antes y después del alpinismo, como el año del nacimiento de Cristo. El montañismo no deberá ser en adelante disfrutar de la montaña, sino subirla muchas veces en poco tiempo, fijando marcas y buscando las mismas satisfacciones que logran los aizkolaris cortando troncos. Subir y bajar y volver a subir y bajar, convirtiendo al Everest en una noria y en una feria mayor de lo que ya es. Tú, ¿cuántas veces lo has subido?. Yo siete. ¡Bah!. Yo once.

El Everest y los restantes ochomiles de la Tierra, como esos nuevos ricos turistas que recorren países y países sin enterarse de ellos, simplemente para haber estado, para ser capaces de citar en una conversación el nombre de un hotel y de una playa de Cancún, porque si no no eres nadie. O como los otros que van apuntando en la agenda la lista de restaurantes carísimos en que han cenado. Se comienza por el golf y se acaba en El Bulli.

No sé por qué lo de subir muchas veces al Cho Oyu me trae a mientes otra noticia de la agencia Efe del día 3 de este mismo mes: “Diez soldados estadounidenses patrullaban a pie cerca del principal edificio gubernamental de Falluja cuando asaltantes no identificados a bordo de un vehículo les adelantaron y abrieron fuego contra ellos.

Los militares respondieron a los disparos y cuatro personas: una mujer, un niño, un transeúnte y un miembro de la policía iraquí, resultaron heridos”. Le pegaron un tiro hasta a un guardia. ¿Película de Torrente?, ¿tebeo de Mortadelo y Filemón?. Desde luego el ejército americano será el más citius, altius y fortius, pero no el más serio. Será capaz de disparar más veces que nadie balas reciclables, pero sin saber entender la importancia de las cosas – siempre la vida – que se desarrollan alrededor.

El neoalpinismo de Oiarzabal es disparar más veces que nadie para entrar en el libro de los récords. ¡Valiente tontería!. Lo mismo puede lograrse no cortándose el pelo, no muriendo, como el nuevo campeón mediterráneo de ciento trece años, o utilizando debidamente las escaleras de casa. No quiero jactarme, pero yo mismo podría entrar en el Ginnes con subir y bajar un millón de veces, a pie, hasta y desde el sexto piso donde habito. Lo que pasa es que me canso y, además, esta tierra es así y seguro que no me daba la medalla a los valores leoneses y castellanos.

El alpinismo repetitivo de Oiarzabal me parece comparable a un concurso de hombre más fuerte del mundo en Las Bahamas. Esperemos que la sonda SMART – en inglés lista, como el agente aquel de la televisión de nuestra niñez que se pillaba las narices con una puerta – que los europeos hemos enviado a la Luna sea capaz de descubrir nuevas dificultades, porque si no, vernos siempre los mismos yendo y viniendo a los mismos lugares de aventura, va a terminar haciéndose aburrido.

